

Oswaldo Baigorria

Cerdos & Porteños, pp. 63-73

Blatt & Ríos, 2014

AHÍ VIENE LA PLAGA *

La vendedora de café, con sus ropas viejas y raídas, sus uñas barrosas y sus manchitas de color rosado en la piel, espera turno en la cola de las seis de la mañana frente a la Sala de Dermatología del Hospital Fernández. Hay un círculo de silencio y vacío a su alrededor, mientras ella mordisquea un sándwich envuelto en un papel de diario y bebe su cafecito despacio. Pero cuando una señora gorda bien vestida se le acerca demasiado, la vendedora reacciona: “Apártese, doña, ¿no ve que estoy comiendo?”. Como todos se alejan más aún, yo me quedo como preguntándole por qué esa distancia. “Esa vieja es sucia”, me confía la vendedora de café. “Tiene mal olor. Yo a las que apestan las reconozco de lejos”.

Como tantos otros marginales, el infectado experimenta un fenómeno de sobreexposición (todos lo señalamos con el dedo), junto a un fenómeno de invisibilidad (todos apartamos la vista y negamos su existencia). Podemos **estar** infectados, pero apenas el poder médico hace su diagnóstico, ya no **estamos**, y pasamos a **ser** (tuberculosos, sifilíticos, etc.). O sea que lo interesante de las infecciones es su capacidad de crear contagiosas minorías. Nadie está a salvo de la infiltración filotrotskista de los microorganismos; y sin embargo nadie cree que puede terminar como ese viejo que tose y escupe una flema verde-oscura, farfullando frases ininteligibles cada tanto.

¿Qué sabemos de infecciones y contagios? Todo conocimiento viene filtrado por la memoria de las pestes que mataron a un tercio de la población europea en un pasado, siempre presente. Hay que visitar los hospitales de infecciosas para sentir en carne propia el renacimiento de los miedos más medievales: ¿Deberé lavar todas mis ropas después de haber entrado en la sala de tuberculosos? ¿A qué distancia me ubico de ese tipo que se rasca tanto? ¿Me enjuagaré las manos luego de tocar aquel picaporte? ¿Por qué me estará picando tanto el cuero cabelludo?

Los catorce que murieron por el sida en este país pueden hacer olvidar que el resto de las infectocontagiosas nunca nos abandonaron. Ni perdieron terreno los mitos que la ideología fabrica acerca de cómo se transmiten los virus. Aislar a los apestados sirve para olvidar que todos somos apestados, al menos en potencia. Y sólo un tour por esos ghettos donde se encierran las manzanas podridas de la cosecha humana nos dirá cuánto de verdad y cuánto de falacia hay en la relación entre los virus y sus

portadores: como un subalquiler sin contrato, la interacción entre los dueños y los inquilinos del cuerpo es tan simbiótica que no siempre el desalojo es deseable.

En los límites del esputo desecado

Por las calles y jardines de esa Ciudad de las Pestes que es el Hospital Muñiz, microbios y portadores conviven sin preguntarse demasiado por su origen. Las salas se conocen por un número, y los leprosos se juntan con los tuberculosos o los sifilíticos, los días de sol, a conversar o a jugar a las damas en tableros improvisados. Los infaltables gatos se restregan contra las piernas humanas, las ratas se aprovisionan de basura en los subsuelos, los piojos de pelo en pelo, y el mate pasa de mano en mano.

“Algunos ni se quieren ir, si andaban linyereando cuando los trajeron y no van a volver así nomás a la calle”, cuenta Oscar, chaqueño de treinta años a quien ningún familiar visita por miedo a contagiarse de su tuberculosis. “Entonces no toman la medicina pa’ que no les den de alta. Total, enfermera casi ni se encuentra el fin de semana, y hay que andar buscando por todo el hospital si uno quiere tomar medicamento”.

Desayuno de mate cocido, cuatro pancitos que deben durar todo el día, sopas con harina a medio cocinar, guisos con carnes grasosas: para algunos, al menos es comida. La piel se oscurece y el acento se provincianiza cuando uno se aproxima al corazón del ghetto. Aurelio es un entrerriano de casi setenta años que lleva quince meses internado: “Tuve una congestión de pulmones en el año 47 y desde entonces me hice revisar cada tres meses. Nunca dejé el cigarro porque mis cinco hijos nacieron bien, así que yo creí que no tenía germen. Pero de repente me descubren el bacilo. El médico me había advertido: ‘Beba si quiere, hágase alcoholista (alcohólico), pero no fume’. No le hice caso y ya ve”.

Rosa Díaz es una paraguaya de unos cuarenta años que a los veinticinco se enfermó de tuberculosis y desde entonces se la pasa entrando y saliendo de los hospitales. Desde una cama del Tornú, opina: “No es el cigarrillo, es el polvo que hay por todas partes. Yo me enfermé trabajando en la fábrica Grafa, que está llena de humedad mezclada con la pelusa de los hilados. Hay que cuidarse de los microbios, joven; llévese siempre un pañuelo sobre la nariz cuando camina por la calle. Y apenas tenga gripe, vaya a ver al médico”.

En realidad, el inquieto Bacilo de Koch no es hereditario, y la transmisión ocurre por inhalación, ingestión o inoculación cutánea del esputo fresco y resbaladizo que alberga tanta microvida. Y aunque tampoco hay que andar por ahí olfateando esputos desecados, recordemos que nadie se contagia por una charla o intercambio de ideas con un enfermo, a menos que esas ideas sean subversivas respecto del orden médico u otros órdenes.

La tuberculosis, que ocupa el séptimo lugar en el ranking de mortalidad mundial, debe su nombre a esos tubérculos o nudos redonditos, sobresalientes, sólidos, que a veces invaden los planos profundos de la piel**. Pero en general ataca primero el aparato respiratorio, y sólo más tarde los huesos, articulaciones y piel. De todos los infectados, el tuberculoso lleva tal carga de discriminación, que se la pasa disputando el primer puesto junto a ese paria (no tan contagioso, según hoy se dice) que es el leproso.

La penetración del chancro

Todo un grupo de infecciones caen en la categoría de vergonzantes: a las venéreas no hay más remedio que ocultarlas ante los mejores amigos o familiares, borrarlas de la memoria en los instantes más álgidos de un levante, mencionarlas en voz baja cuando uno pregunta por un especialista. Y probablemente la más tabú sea la sífilis. Una enfermedad doblemente culposa; una por contraerla y otra por descargar la responsabilidad sobre el contacto con algún ser desvalorizado, algún espécimen de la marginalidad y el bajo mundo: el gay, la prostituta. Pero cualquiera sea su origen, la bacteria que con justicia lleva el nombre de **treponema pálido** no hace discriminación racial alguna: empalidece democráticamente los genitales más inmaculados.

El terror es tan profundo que este cronista, aun sabiendo que el contacto por vía indirecta es muy raro, no se animó a sacar el pito y orinar en el baño del pabellón de sífilíticos, como si el mismo aire fuera contagioso. Y sin embargo, esa fascinante llaga grisáceo-blancuzca puede hacer descarrilar el tren del deseo, enloqueciéndolo de deseo mismo, frente a la barrera que establece su prohibida y peligrosa superficie, cuya penetración encierra la promesa de los peores castigos. Para mejor, ese chancro que aparece en el sitio de inoculación (pene, cuello uterino, boca, etc., permítase el etcétera como estímulo para la imaginación) puede durar unos días y luego desaparecer, ocultándose incluso a las pruebas de sangre dentro de las dos semanas de haber ingresado la bacteria. Esquivo y traicionero, el treponema volverá a aparecer más tarde en nuevas ulceraciones, altamente contagiosas, y alejadas de la zona de inoculación. Y volver a ocultarse, permaneciendo en latencia, en un 80 por ciento de los casos, carcomiendo solapadamente los huesos, arterias y sistema nervioso.

Otras venéreas no son tan malignas: la gonorrea o blenorragia, que se transmite por vía urogenital y que cuando pasa a ser crónica puede provocar esterilidad, o el herpes, virus filtrable que inflama los ganglios y produce fiebres de alta temperatura si queda sin tratarse. Los tratamientos son habitualmente con reposo, analgésicos, antibióticos y rigurosa observación de doctores que suelen estar siempre listos a satisfacer sus deseos voyeurísticos.

“Me desnudaron sobre una camilla y me hicieron abrir las piernas”, cuenta María L., una prostituta de 18 años, “ante una procesión de médicos, que se paraban a

mirar con deleite el chancro que yo tenía en la vagina. A uno hasta se le caía la baba. Nunca me sentí más tratada como puta que en ese momento”.

El “heavy metal” de las plagas

A partir de la generalización de los antibióticos, la sociedad contemporánea logró mantener bajo relativo control a las pesadas: la bubónica, provocada por el **Pasteurella pestis** que habita en las pulgas de los roedores, y la peste neumónica que – como otras afecciones del sistema respiratorio– produce un esputo riquísimo en bacilos.

El cólera, la difteria, la disentería (las dos últimas, peligrosas para niños de hasta cinco años), transmitidas por vómitos, excrementos, moscas y contaminación del agua, están normalmente bajo control. Los tifus, producidos por un número de bacterias conocidas como **Rickettsia**, se transmiten por medio de piojos humanos o de ratas, manifestándose en llamativas erupciones que aparecen en todo el cuerpo, ocultándose a la vista por no afectar tanto al rostro o a las manos. Por último la tifoidea, aún de relativa frecuencia, producida por la **Salmonella typhi**, que habita en roedores, y que provoca fiebre, dolor abdominal, hemorragias, perforación del intestino y miocarditis. Para todas, los antibióticos son santo remedio.

Pero lo que no se ha logrado controlar es la emergencia esporádica de infecciones más benignas y que a veces aparecen apenas con rascarse allí donde nos picó un piojo. Los **Pthirus pubis**, o ladillas, pueden ocasionar seductoras manchas color celeste, transformando el pubis más angelical en un triángulo intocable. Las **scabies**, unos bichitos que se meten debajo de la piel, producen una especie de sarna llamada escabiosis***. La bacteria **Escherichia coli**, que como su nombre lo indica, es un habitante de la zona anal****, suele provocar uretritis y cistitis si no hay costumbre de orinar y lavarse después de una relación sexual. Y la **Cándida albicans** es un hongo que produce intensos olores vaginales y un flujo lechoso y pesado que también puede llegar a tener sus admiradores. Estas serán las infecciones tipo “new wave” y postmodernas, luego del fin de la era de las pesadas.

¿Qué pabellón nos estará aguardando al final de este sucio y maloliente recorrido por la vida? Volviendo al sida, que parece ser la “solución final” (elimina todos los ghettos), el médico Ricardo Leschot nos advierte: “Lo que está empezando a morir es una falacia médica, según la cual hay un virus para cada enfermedad. En realidad, lo que hay son ambientes que albergan conjuntos de virus, y estos enferman a las personas más vulnerables. Un virus solo no puede prosperar en un terreno estéril; alguien que está expuesto a un bombardeo constante de organismos tiene más deterioradas sus defensas vitales. Pero fijate qué paradoja: la gente de clase media, que se horroriza ante cada posibilidad de que venga una plaga, es la que –por su tipo de vida– está menos expuesta a esas enfermedades”.

Invitemos entonces a las familias a ir de picnic los domingos al Muñiz, al Tornú, a General Rodríguez, a tomar contacto con la realidad que nos espera cada vez que besamos, cada vez que **no** hervimos el agua, cada vez que **no** lavamos los orificios por donde pasaron los fluidos de nuestros enamorados. Esta sociedad tiene reservados sus basurales para el día en que no seamos más hermosos, saludables, jóvenes y óptimos para producir o reproducir. Y ni vale la pena que nos dejemos vencer por el pánico. Apestar es nuestro destino potencial, porque –precauciones aparte– la infección es el precio a pagar por la vida. Que la necesidad de neutralizar sus formas más peligrosas no logre esterilizarnos el alma hasta dejarla limpia y pura como un cubito de hielo.

*“Ahí viene la plaga”, mi primera investigación propiamente dicha (porque no recuerdo que en las redacciones se hablara de “crónica” entre el ‘84-85) llevó por título un guiño tardío al tema de rock de Los Iracundos en los 50 y por volanta “Un tour por el ghetto de las infecciones”. Fue publicada en el suplemento *Cerdos & Peces* de la revista *El Porteño* nro. 43, julio de 1985. El copete, escrito quizá por Enrique Symns o por el editor que él habrá designado, decía: “La sífilis, los inquietos gérmenes de la blenorragia, así como las plagas más heavy-metal (bubónica, difteria, cólera, disentería), desfilan por entre las líneas de esta nota”. Tenía su razón.

La idea original era contar que existían en los hospitales públicos de la ciudad de Buenos Aires numerosos afectados por infecciones tradicionales que habían sido opacados por la súbita fama mediática del sida, y la alarma –injustificada, según pensaba junto a la mayoría de la redacción de la revista- sobre la posible existencia de un virus que provocara ese síndrome. Hasta ese momento, junio de 1985, la “peste rosa” -como la denominaban los medios más amarillistas- se había cobrado catorce vidas en la Argentina y era tema central en la agenda del periodismo más rancio y convencional. En el círculo en que me movía, en cambio, el sida no existía, lo del virus era invento del establishment norteamericano para destruir la disidencia sexual y en la Argentina un mito de campaña de los medios hegemónicos (“todos mienten”) para eliminar a las minorías amantes de la perversión polimorfa en general, y a los amantes del sexo entre hombres en particular. Por eso nadie se cuidaba. Algunos –como el doctor Ricardo Leschot, a quien fui a entrevistar al hospital Fernández- consideraban la posibilidad de que el sida fuese provocado por un virus de diseño pero sobre todo insistían en que era una falacia del poder médico que propagaba el terror entre la clase media por motivos políticos y económicos. Otros –como Néstor Perlongher, cuya influencia se deja sentir en los párrafos finales de esta nota- llamaban directamente a resistir y a desafiar al sida como dispositivo de control sobre el propio cuerpo.

En fin: en aquel momento a Enrique Symns le pareció perfecto que escribiese un elogio de la infección.

-Hay que sacudir a esas mentes de eunucos que formatean los médicos y los psiquiatras- recomendaba el Jefe de Redacción-. Imaginate el erotismo en los pabellones de infecciosos de un hospital público, la baba que se le cae a los que revisan a una pendeja de 16 años infectada de gonorrea. Tengo un caso, una minita que laboraba de prostituta y fue a un hospital donde la hicieron desnudar sobre una camilla, y como el segundo médico que la vio no se puso de acuerdo en el diagnóstico del primero, hicieron pasar a toda la guardia para que la mirase entre las piernas. Ponelo como testimonio, con un nombre cualquiera.

Eso sí que era periodismo militante. Urgido por la necesidad y entusiasmado por el discurso de la transgresión, corrí al hospital Muñiz, al Fernández, consulté literatura médica sobre infecciones, recogí tres testimonios auténticos de pacientes con tuberculosis (uno entrerriano, otro chaqueño y una paraguaya), me informé sobre sus condiciones de internación, construí una escena en la cola de turnos donde fui a esperar al doctor Leschot aunque no fui a las seis de la mañana como la vendedora de café con sus manchas rosadas en la piel que insistía en que no soportaba a la gente con mal olor ni me quedé a conversar con ella cuando ví que echaba a otra mujer que venía siguiente en la cola... Y me apuré en llevar la primera versión de la nota a la redacción.

Encontré a Symns en un café a la vuelta una hora más tarde.

-Mató- dijo distraídamente cuando le pregunté qué le había parecido-. Pero falta más descripción de ese goce perverso que hay en el peligro.

O algo así. La reescribí siguiendo la recomendación. Tomé nota de lo que más le había gustado al Jefe: el treponema pálido, el esputo fresco y desecado, la Cándida aromatizante de flujos vaginales. Había que escribir de manera que ese primer lector comprara la nota desde las primeras líneas, no la abandonase por la mitad, colocar conectores y subtítulos atrapantes para una lectura en diagonal hasta redondear con un remate tipo "chan-chan" de orquesta el párrafo final.

La ideología de la trasgresión –el sistema de creencias de gran parte de la redacción de C & P- nos salvaba en cierta medida del amarillismo, aunque al final no podríamos evitar la tentación del cinismo. Una cosa era provocar por negocio y otra por amor al arte. En principio, no éramos pocos los que creíamos que una revista contracultural y libertaria como la *Cerdos* ampliaba el límite de lo expresable y por lo tanto era benigna para la época. Eran tiempos hermosos para la libertad de prensa, no tanto por lo que se permitía (que era bastante poco) sino por lo que estaba en juego en la lucha entre el bien y el mal: nosotros (me arriesgo al plural mayestático) pensábamos que estábamos del lado del bien justamente por creer que éramos *tan* malos. O sea: no éramos militantes en sentido "militar" del término, no adheríamos a un dogma estructurado en torno a una organización partidaria, actitud que en esa época era evidente que conduciría inevitablemente al fascismo. Pero sí creíamos en que había que dar la batalla contra la represión, el control social, los tabúes y los prejuicios por todos los medios disponibles. Lo que en aquel momento no sabíamos – no queríamos saber- es que la exageración, la "ficción periodística", la invención premeditada para cambiar las conciencias al final no ayudaría a ganar ninguna guerra.

** Hoy sé que la tuberculosis, en realidad, forma tubérculos en todos partes y no solo en la piel; los nudos son su forma de lesionar los órganos.

***La escabiosis no es “una especie de sarna” (ni una enfermedad de los bebedores), según me informé más tarde, sino el nombre propio de la sarna; su nombre deriva de un arácnido llamado *Sarcoptes escabiei*.

****Chiste malo sobre la *escherichia coli*, una bacteria que se ubica en el colon.